

DISCURSO

DEL

DR. EMILIO M. TERÁN

EN LA APERTURA DE LAS CLASES DE LA UNIVERSIDAD
CENTRAL DEL ECUADOR.



QUITO

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD

1891

BIBLIOTECA NACIONAL

R-112. B. 1. 6N

A. Z. E-2-

Quito-Ecuador



HONORABLE SEÑOR MINISTRO,

SEÑORES: BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

Dando obediencia á las decisiones de la Junta Administrativa de esta Universidad, voy á dirigiros la palabra en el solemne momento en que el porvenir preséntase á las generaciones que vienen, digno de vosotros que lo formáis sin dar paso inseguro al ir camino hacia donde la naturaleza y los designios del cielo, llaman al hombre á desarrollar los innatos misterios de aptitud, y sublimes cuanto racionales aspiraciones. Si cargos tan honrosos como éste *no se los debe solicitar ni rehusarlos*, perdonad, señores, que, por hoy, no escuchéis un discurso digno del faustoso acontecimiento que os ha reunido, y digno también de auditorio tan ilustrado co-

mo el que me escucha é impone; y no creáis, señores, que una falsa modestia ó afectada humildad me muevan á encarecer lo grande y extraordinario de este acto, ni que, siguiendo la forma de un discurso oratorio, pretenda mover vuestra atención hacia mis palabras, ni trate de alcanzar vuestra voluntad al estrecharme de ánimo con empresa que, os confieso, superando á mis fuerzas, no podrá ser cumplida debidamente. Os conozco dispuestos siempre á terciar en la gigantesca lucha que la razón humana, á la divina luz del Oreb y del Sináí, viene sosteniendo con los subversivos errores que la mancharon, apenas salida de las criadoras manos del Supremo Artífice.

Seguro, pues, de vuestras virtudes, que no de mis afanes para corresponder á la solemnidad del acto, procuraré buscar en su significación algo que eleve nuestras esperanzas á una realidad, si bien poco más ó menos lejana, conforme con la habitud de las tendencias humanas y la dignidad á

que las mismas están llamadas.

¿Qué significa acto tan majestoso y solemne como el presente? Aquí no encuentro la magnificencia, el pomposo aparato, ni la vana ostentación que el regocijo y orgullo mundanos, rinden, las más veces, no al mérito, no á la justicia, sino á hechos cuyo valor depende de las mutaciones del tiempo, y que pasan para la humanidad como un golpe de luz vivo é instantáneo, como una ráfaga á cuyo rutilar apenas mostró el hombre su vana grandeza.

Y ¿para qué buscar el tema de mi discurso en asuntos extraños al objeto que os ha reunido, cuando muchos de ellos, como cuestiones de política, si alguna vez dejan de ser groseros son siempre ofensivos y sin cortapisa? ¿Acaso de entre la sencilla majestad de este acto no se levanta elocuente y sublime la actividad humana, dispuesta al romper la aurora de un nuevo día, á asimilar el cielo con la tierra, el espíritu con la materia? Y ¿qué mejor fuente y más copiosa que el fe-

cundante desarrollo de la naturaleza racional, para que yo no tomara de entre sus raudales como una gota imperceptible, la idea, el principio de mi discurso?

Congregados al impulso de innata aspiración, de una tendencia que al hombre le es natural, estáis con los ojos en el porvenir: todos dominados por inexplicable anhelo hacia un bien, buscámosle solícitos, al amparo del orden constitucional, actuados por una operación humana que mira sus destinos más allá del presente, y en cuya actividad lo porvenir hallará luz para el universo todo, luz divina, luz santa, luz de verdad, como divina, santa y verdadera es la semejanza del hombre con su Criador, como grandes y sublimes las relaciones de la tierra con el cielo.

Es, pues, la enseñanza la que ha merecido salgáis hoy á su encuentro; es ella quien, batiendo la bandera de Constantino, os anuncia, jóvenes, que en ese signo venceréis. Pero os hablo de un bien futuro, de un triunfo

que, más tarde, dará á vuestras cabezas no laureles ni oliva fugaces y pasajeros, sino verdades y virtud eternas, santas é inmutables; de aquí, pues, que la enseñanza influya poderosamente en el porvenir social, y que éste se halle profundamente relacionado con aquella como el efecto con su causa. Examinaré esta relación con el único objeto de avigorar á la juventud estudiosa, en el curso que con este acto se dará principio, á buscar la ciencia en los diversos ramos de enseñanza universitaria, como si en cada uno de ellos fundásemos el porvenir, bien así individual como patrio.

Si alcanzo á llenar mi afán de alguna manera, será solamente el resultado inequívoco de la índole y demás dotes que distinguen á los alumnos de esta Universidad.

Colocado el primer hombre en el trono del universo, llevaba no la aúrea diadema de diamantes y topacios que luego debiera engalanar á mil reyes corrompidos, á soberanos inicuos; no, Adán llevaba en su cabeza

la inteligencia, esplendorosa corona que si el error humano la deslustró, la conmovió á través de su poderío, no alcanzó á hacerla descender á las regiones estigias, donde el orgullo y la subversión pretendieron hacerla declinar.

Adán rey poderoso, quiere extender sus dominios hacia el cielo: sabe lo que debía saber, pero ambiciona los conocimientos supremos, la ciencia divina, el poder de su Dios. Su inocencia reputa abyección, la vívida luz de su inteligencia, ignorancia, obscuridad; y cual soberano que, no contento de su grandeza y dominios, invade ajenos territorios quizá tan sólo para que los destinos humanos subyuguen su poderío, avasallen sus ambiciones, así Adán pretende ser un Dios y cae desde las alturas de su perfección, esclavo de la voluptuosidad y del dolor; cree llevar á sus labios la vida y la ciencia infinita que á él mismo le había producido, y traga ávido de placer, de criminal éxtasis, la muerte y el error; apágase la

purísima é inocente luz de su espíritu, y en lóbrega obscuridad, noche eterna, formidable y dolorosa, principia el hombre á buscar entre lágrimas y humillaciones su perdido destino. Quiso una ciencia que no podía por naturaleza asimilarla, y perdió la propia, la que le era natural. Quiso saber mucho y se confundió en la ignorancia y el error. ¡Cuándo la verdad pura y santa, pendiente de una cruz, vertirá su sangre sobre la fuliginosa frente del hombre caído! ¡cuándo el Gólgota irisará centellante y consolador sobre la cumbre del monte Niphates! Sin más cayado y esclavina que agitadoras pasiones, nuestros padres, dejan el Edén y llenos de pesar y vergüenzas principian la terrible peregrinación *en este valle*.— Al estigma de la desgracia forman una familia, y luego la tierra se halla poblada de hombres cuya corrupción y miseria, fue menester extinguirlas, salvando la especie humana en la elevada cima del Ararat. Vuelve el orgullo humano á asestar rebel-

de el poder infinito, y vuelve, confuso el hombre, á salir de Babel para desconocidas regiones, donde, al humilde hogar de la familia, confesara su imperfección y aniquilamiento.

Deprimida la especie humana al embate borrascoso de la soberbia, vive alejada su razón de la verdad pura, su voluntad del bien; y aunque su espíritu relucha con el mal que se enseñoreara veinte siglos atrás en el inmaculado corazón del ángel del Paraíso, el error había degradado tanto la naturaleza humana que los vuelos de su inteligencia á las regiones divinas, perdíanse en las obscuras mansiones de Luzbel: quiso el hombre buscar la verdad y comprenderla, pero la inteligencia dominada por extraviado fanatismo, no tiene una rendija por donde un rayo de fulmínea luz enseñe al hombre su destino y poder.

Esas verdades supremas, esos sublimes conocimientos que Dios dió al hombre de su tesoro infinito cual patrimonio rico é inapreciable, ¿cuándo

volverán á ser riqueza del proscrito? ¿qué esfuerzos humanos podrán alcanzarlos? ¡Ah! señores, ese patrimonio fué robado y no volverá jamás á ser riqueza de los mortales.....

Establecidos los pueblos primitivos después que el hombre viviera veinte siglos, ¿cuál fué su porvenir? ¿qué bien supremo había á la tierra ocultado su luz?

Pueblos donde la enseñanza no rige los destinos sociales, la actividad humana en perpétua y soporífera decadencia, vive hartándose con el porvenir sin deseos y aspiraciones para lo futuro. La felicidad de dos y tres generaciones envuelta entre el tédio y la molicie tradicionales, y un espíritu corrompido que revuelca la dignidad humana en charcas de sangre, en el orgullo y voluptuosidad, en el error y la concupiscencia, forman la historia de mil pueblos que vivieron la muerte y gozaron en el daño y la desgracia.

El Asia con sus esclavas Circacias creyóse grande, culta y civilizada,

olvidando que su Sabefismo, su Evermerismo y Pantefismo, echaron en una sima la dignidad humana; olvidando que la mujer rendía á Milta en *devota prostitución* su inocencia y virginidad, cuando éstas en ilícito comercio no se feriaban, y que si algún genio superior columbraba la verdad, egoísta apropiábase de ella y negaba al débil la comunicación de toda idea. El desorden doméstico en la familia, en la sociedad el despotismo político, la moral esclavisada por el error, el asiático adorando la materia, si el mismo no se deificaba, el asiático, digo, sin comprender á Dios y negando al espíritu humano las sublimes relaciones con la divinidad, hacen muestra de un pueblo superficial y corrompido.

La India menos orgullosa y vana, pacífica y generosa, contempla y medita que el hombre sólo puede perfeccionarse volviendo purificado á las manos de su Dios; pero el carro de Jangrenat bebiéndose con sus ruedas la sangre del fanatismo, la hoguera devorando entre sus llamas á mil her-

mosas mujeres, la divinidad adorada en Brama, Vedas y Siva, presentan confundido un pueblo en absurdos y supersticiones.

Pero ¿qué razón hallará el filósofo para que la India haya dado un paso más hacia el adelanto, para que Buda, salvando las extravagancias y errores de aquella época, haya proclamado la igualdad entre los hombres, el respeto á la propiedad, y, por último, la unidad divina? Es que allí esa raza quería perderse en la esencia infinita, y, aunque sin grandes verdades ni conocimientos, aspiraba la perfección: educada en la benevolencia universal, supo que debía respetar la religión, y que su espíritu viviera tan sólo de la mansedumbre y la pureza, y su cuerpo de la castidad.

Alejandría sublevándose por no tener el buey Apis á quien adorar, el hombre, el rey del universo, rindiendo su adoración á un perro que lo cree un Dios, prueban la degradación Egipcia, la falta de verdad y enseñanza; degradación que ni la Biblioteca de

Osimandias formada como "Remedios para el alma" pudo ocultarla: ni la famosa Esfinge, ni las sorprendentes pirámides, muestran la fuerza de la inteligencia ni el poder de la verdad, cuya enseñanza no había siquiera tocado las puertas del valle del Nilo.

Astarte y Adonis, en obscuro comercio, encierran las aspiraciones humanas del corazón de los Fenicios.

Ormus y Ariman en Persia ocultan á los ojos humanos la verdad pura y sacrosanta, aunque la moral y la liturgia de los Naskas enseñen á "*Hacer al hombre semejante á la luz, disipar sus tinieblas por medio de purificaciones*"; y aunque leamos en los libros de los Persas: "*Si queréis ser santos instruid á vuestros hijos, pues os serán atribuidas sus buenas obras*". Pero ¿qué enseñanza cuando todavía entre la actividad humana y el error se daban batalla y subyugaba la razón?

Dad, pues, una mirada retrospectiva sobre estos pueblos. ¿Cuál ha sido su porvenir? Lanzada la humanidad

en mil excesos dejaba que el error, engendrado en pasiones turbulentas, tomara posesión de la inteligencia y su destino, durante veinte siglos, y que abyeta, impotente, en tenaces conquistas, interminables guerras, placeres y venalidad, con sus fauces devorara la ventura á que ufana debió encaminar su desarrollo y eficacia. Cuál sea la causa de tantos males no os diré yo; bastante sabéis que los pueblos primitivos descuidaron la enseñanza, y que sin ésta el porvenir es el pasado, como el ayer es el hoy y el mañana. Para qué deciros que esos desgraciados pueblos hicieron al saber humano patrimonio de los Sacerdotes, y que si alguna ciencia como un rayo de luz que penetrara en el abismo, centellaba en su razón, nunca por su naturaleza pudo influir en la perfección moral, sin la que todo adelante es imposible ó al menos nugatorio, por no decir inútil. ¿Acaso no conocéis que en las sociedades primitivas la religión apenas tenía una vida material fundada siempre en disqui-

siciones científicas, que á la moral alteraban la opinión, las necesidades y las pasiones? Á auditorio tan ilustrado como al que me dirijo, no necesito recordar que en los primeros años de la humanidad la infancia vegetaba como la vejez, y que ni la inteligencia ni la caridad hicieron algo por los extremos de la vida: pueblos donde la enseñanza regula el porvenir, cultivan en el joven y cosechan en el viejo la probidad, la ciencia y la virtud.

Vuelvo, señores, á la vida primitiva de la humanidad y contemplo destacarse colosal al pueblo Hebreo de entre las supersticiones, errores y corrupción que, al mismo tiempo, aquejaban al Asia, á la India, al Egipto y á la Fenicia.

Los descendientes de Héber ven cumplirse fielmente las divinas tradiciones de que el cielo les hizo depositarios; creen, y llenos de fe y esperanzas, en estruendoso fragor, sublime amenaza, reciben de los brazos de Moisés, la ley del hombre, su moral y la norma de civilización; y, á la luz del

Sinaí, Dévora, Judit, Atalía y Olda colocan á la mujer en su trono; el esclavo arranca su libertad de opresoras manos y asegura su vida, sus derechos, al poder del Dios de Israel, del Dios de Abraham y sus generaciones; las cuales viven con la verdad y, asegurando con sus creencias el presente, preparan y esperan en la luminosa cruz del Mesias el venturoso porvenir que les fuera prometido; porvenir que no pudo devorar jamás ni el lujo y fausto de Jerusalén, ni la concupiscencia de Salomón castigada en su pueblo con las guerras y discordia de sus descendientes que, si idólatras vieron destruir su pueblo la mano de los Caldeos, oyeron entre las ruinas la doliente voz de un Profeta por cuyos ojos lloró la humanidad su desgracia y sus exesos, su dolor y extravíos.

He aquí, pues, señores, que mientras el Indio y el Egipcio sin verdad ni enseñanza nada aseguran para sí, los Hebreos coservan la felicidad presente y preparan la futura con la tradición y divinas lecciones de Moisés

y demás Profetas; lecciones en cuya verdad Milton, Klopstock, Dante, Racine, Homero, Busuet y Manzoni, inspirándose más tarde en raudales de luz, fecundaron sus genios sublimes creaciones. Son éstos los misterios de la enseñanza: el sol Hebreo ilumina hasta hoy la humanidad toda, y sus rayos penetran aún en las recónditas regiones del error y la impiedad.

El despotismo público y el desorden doméstico asidos de la humanidad, conmoviéronse ante los maestros del pueblo Hebreo: la enseñanza de Moisés vigorosa y enérgica despidiendo luz, luz intensa y durable sobre la tierra, fijó el Gólgota como punto de apoyo en que la verdad divina, poderosa palanca, ha de mover el universo hacia el cielo. En una palabra, señores, mientras los Hebreos esperan para lo porvenir grande felicidad con las verdades que aprendieron de tan sublime enseñanza, la India, el Egipto y demás pueblos viven en estupor, sin verdad, esperanzas ni deseos; como nada conocen, nada creen ni ambicionan.

No os maravilléis de que pueblos estables y sin progreso no hayan salido en tantos siglos de su corrupción; admira que otros aún en su mayor esplendor, en su apogeo y grandeza, hayan vivido tan lejos de la perfección moral, única y segura fuente de felicidad humana. Estos pueblos fueron la impura mujer cuya belleza y voluptuosa hermosura, ocultan un espíritu lleno de podredumbre, viciado en la concupiscencia y el pecado.

Grecia, la sabia Grecia, si por un lado ostenta grandiosos frutos de meditación, sorprendentes alcances del esfuerzo humano, por otro con sus oráculos de Dódona, de Feso y de Delfos, con su Boccia, rindiendo culto á Baco, arrojaba de sí en mil tradiciones repugnantes y asquerosa lascivia, la nobleza y dignidad del hombre vilipendiadas y escarnecidas. Si Licurgo en Esparta arranca al hijo de la familia, apenas lo educa para soldado; no velan su cuna la ternura materna ni la enseñanza divina; no, el escudo y las armas son la primera impresión

del niño, como señalándole la violencia y la muerte por único escenario en donde ha de lucir su actividad y vigor. Solón en Atenas apenas alcanza á iniciar la educación privada. Si Sócrates comprende á Dios, no penetra en sus misteriosos designios; y si Platón enseña la sabiduría y el valor, la templanza y la probidad, si señala la moral como única fuente de educación, habían los Efesios decretado que *“el que quisiese dominar por su talento ó por su virtud, se fuese á otra parte.”*

Aquí, allá, se vió, pues, reluchando la verdad y el error, el bien y el mal; y, á la postre, la humanidad dolorida ha visto en sus contínuas y violentas sacudidas, enseñorearse tan sólo la desgracia: Grecia, más tarde, sin fe ni enseñanza, caída bajo el poder del coloso Romano, ve iluminar su antigua antorcha los tronos de un Tiberio y Calígula, de un Claudio y Nerón.

Un Licinio Craso acusando á Carbón, Marco y Decio Bruto educando al romano en sanguinarios espectáculos con sus gladeadores y sus fieras,

un Senado sancionando como ley suprema el puñal que matara á César, ciudadanos corrompidos, mujeres impuras y libertinas, cortesanas que viven de placeres borrascosos; venalidad, grosería, un pueblo voluptuoso que sólo come y bebe, y cuyo espíritu de gula había forjado seiscientas y más religiones; hé aquí, señores, la famosa Roma. ¿Y á qué atribuir esta tumultuosa vida? Es que la educación pública hallábase descuidada, los niños abandonados por sus padres que no querían tomarse el trabajo de educarlos, y el estudio apenas tenido por una distracción ó adorno: en Roma sólo un Hércules merecía los favores de la Patria, mientras se mutilaba á Atis, mientras se quemaba la mano de Mucio Escévola y mientras Dédalo era destrozado por un oso.

Hasta aquí, señores, la humanidad, si vida puede llamarse tanto dolor y desgracias, había vivido ya cuatro mil años: en continuo tambaleo, jadeante amontonaba siglo sobre siglo en supersticiones astrológicas, en una fi-

lososía deprabada que como la estoica desespera, ó prostituye como la epicurea, entre subterfugios y sofismas. Cuatro mil años en que la humanidad, dando estentoreos gritos maldecía si orgullosa, imprecaba si débil, ahogando su desgracia en el deleite, cuando prostituída no apelaba al suicidio.

El hombre no puede posesionarse de la verdad sino de dos maneras; mediante sus esfuerzos, su meditación, ó por una enseñanza racional y conveniente; pero ya vemos que ningún esfuerzo humano bastó á los pueblos primitivos para alcanzarla, no obstante que sus tendencias al saber le son naturales, y propio el deseo de una suprema felicidad; era, pues necesario que la enseñanza viniese á dar vida á la razón, que, exánime y agonizante, necesitaba de la verdad para salvarse, como el naufrago de la playa, como el cristiano de su Dios, como la patria de la paz; era necesario que el amor divino salváse al hombre derramando sobre su cabeza copiosas verdades descendidas del cielo; era ne-

cesario, señores, el poderoso acontecimiento que estaba anunciado.

San Juan en Betabara predica la dulce y moral doctrina del Prometido: El Mesías inunda la tierra de dulces y ternísimos consuelos: siendo un Dios el llamado á restaurar la dignidad humana, llámase Maestro y reduce su sagrado ministerio á la enseñanza. *He venido, dice, á dar testimonio de la verdad;* y por medio de la persuasión y de la tolerancia, destruye las razas, establece la igualdad entre los hombres, la libertad y la unidad de la familia humana; enseña al Magistrado que es un deber dirigir al pueblo, y al súbdito que debe respetar los Gobiernos legítimos; y en grande é incomprendible sacrificio vivifica el corazón humano en el amor y la caridad, sublimes virtudes escritas con sangre divina, entre las breñas del deicida Gólgota. El hombre en Cristo muere al filo de la espada de indolente y rabiosa turba; mas Dios en el Mesías, en esplendorosa gloria, vive vida interminable.

Id y enseñad á todas las naciones, dijo á sus discípulos, como para acreditar que el hombre necesitaba de la verdad para su perfección, y que sólo la enseñanza podía corregir la deprabación humana, y preparar al mundo un porvenir de ventura y bienestar sociales.

Desde entonces el Evangelio, cual luz, á cuyo resplandor huyó la larga noche de los siglos de los Césares, ilumina al mundo con su unidad de verdad. San Pablo en Grecia ante el Areópago, lleva el gérmen de vida con el cual debía nutrirse la razón humana. Establécese, pues, la enseñanza cristiana por todos los ámbitos de la tierra, y su doctrina destruyendo los voluptuosos salones de Nerón, eleva un templo á la divinidad: ya no disputan, como en otro tiempo, las once ciudades de Asia, la honra de dedicar un templo á Tiberio, dios y monstruo; se disputa el martirio con el cual el hombre afianzaba la verdad de las nuevas doctrinas, se disputa la virtud y la sabiduría, se disputa el

cielo; y no obstante que la impiedad destruye escuelas y bibliotecas, apasionada la humanidad por el estudio, su razón en vertiginoso vuelo, contornea la tierra é instituye el comercio de la ciencia, la comunicación de ideas sublimes y perfectas: la enseñanza toma su trono y domina, y la razón se ennoblece.

Cuántos y cuántos sacrificios, cuántos martirios fueron menester para que el universo alejara de sí los errores que por tantos años sucumbieron la perfectibilidad humana; pero la nueva doctrina nada escaseó para enseñorearse como árbitra y dueña de los destinos de la inteligencia. Mil y mil mártires la sellaron con su sangre y fecundaron tan sagrada enseñanza á través de persecuciones y violencias; á los Nerones y Calígulas sustituyeron los sabios San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Bernardo y cien más; y luego, San Ignacio de Loyola preséntase á la juventud cual astro luminoso, á cuyos rayos debían fructificar tantos sabios y tantos co-

razones de oro. La Salle y Don Bosco abren sus brazos á la infancia, la cultivan y bendicen.

La obra no está concluída ni acabará la enseñanza cristiana su propaganda mientras haya humanidad, mientras haya errores que vencer, obstinados que subyugar; mientras el dolor necesite de consuelo, mientras haya lágrimas y desgracias; pero día á día el porvenir sonríe grandioso sobre los pueblos que confían su felicidad en las purísimas verdades del Maestro de Galilea. Que diferencia, señores, entre los pueblos de ayer y los de hoy, aunque á los primeros llamemos la sabia Grecia, la heroica Roma: las sociedades que presedieron al Mesías, entre el estruendo y la algazara, en bullicioso torbellino caían al abismo; las de hoy, aquellas que, como la nuestra, esperan en Dios su perfección, majestuosas como la verdad, siguen camino de adelanto: su vida es pacífica pero segura y consoladora. La verdadera civilización no puede ni debe cambiar los Talle-

res Salecianos de Quito, con la famosa torre de Eiffel en París; los primeros hablan al espíritu, la segunda ostenta la perfección material, apreciable realmente, pero no preferible.

Creo, señores, haberos de bulto manifestado la influencia de la enseñanza en el porvenir; ninguna otra cosa nos prueba la historia de la humanidad en tantos siglos. Criado el hombre, orgulloso y soberbio, ingrato y rebelde degradó su naturaleza; vivió tantos y tantos años entre tinieblas, sin que su meditación, ni supremos esfuerzos, ni sus naturales tendencias alcanzaran su primitiva perfección. Vinieron los profetas y enseñaron, vino el Mesías y fué el Maestro del Universo; volvió Dios al seno de su Padre, pero quedó entre nosotros la verdad pura y santa á cuya influencia descendieron los ídolos en pedazos, y se humilló el tirano. Ayer fué el hombre asqueroso reptil que se arrastraba por el error, hoy es el águila que ha penetrado en raudo vuelo hasta lo infinito.

No desesperemos, señores, nuestro venturoso porvenir: la instrucción pública ocupa la atención del Jefe del Estado, quien, con su respeto á la ley, garantiza á la familia que educa al hijo, á los Loyolas, La Salles y Boscos que dan religión, y á los establecimientos de enseñanza laica que dan á la Patria honrados é ilustres ciudadanos; llenando así los intereses del cielo y los de la tierra, los de la Iglesia y del Estado, los de Dios y los del hombre.

Oigo á muchos de vosotros increparme calificando de sermón las palabras que os he dirigido; pero no importa. Al hablar de la enseñanza es imposible prescindir de la religión cristiana, porque esta ha sido nuestra única é infatigable maestra; ni creo haya verdad sin Dios, ni porvenir, ni lazo de unión entre los hombres, sin esa cadena de oro que une el cielo con la tierra, y por donde, jóvenes, habéis de escalar las divinas regiones de la luz.

SEÑORES.

